

Elmore Leonard

Un tipo implacable

Traducción de Catalina Martínez Muñoz



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *The Hot Kid*

Primera edición: 2007

Tercera edición: 2017

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Ilustración de cubierta: H. Armstrong Roberts: *Siluetas de hombre con sombrero, años 1950.*

© H. Armstrong Roberts / Classic Stock / Getty Images

Selección de imagen: Carlos Caranci Sáez

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Copyright © 2005, Elmore Leonard Inc. All rights reserved

© de la traducción: Catalina Martínez Muñoz, 2007

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2007, 2017

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-9104-589-2

Depósito legal: M. 40.121-2016

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

11	Capítulo 1
30	Capítulo 2
54	Capítulo 3
75	Capítulo 4
82	Capítulo 5
103	Capítulo 6
120	Capítulo 7
143	Capítulo 8
159	Capítulo 9
172	Capítulo 10
177	Capítulo 11
201	Capítulo 12
211	Capítulo 13
231	Capítulo 14
251	Capítulo 15
265	Capítulo 16
278	Capítulo 17
298	Capítulo 18
316	Capítulo 19
331	Capítulo 20
344	Capítulo 21
356	Capítulo 22
367	Capítulo 23
377	Capítulo 24

*Para mis dos chicas,
Jane y Katy*

Capítulo 1

Carlos Webster tenía quince años cuando presenció el robo y el asesinato en Deering's. Esto ocurrió en el otoño de 1921, en la localidad de Okmulgee, en Oklahoma.

Webster declaró ante Bud Maddox, el jefe de policía de Okmulgee, que ese día fue a entregar una partida de vacas en el almacén de Tulsa y cuando regresó era de noche. Aparcó la camioneta y el remolque enfrente de Deering's y entró a comprar un helado de cucurucho. Cuando Webster identificó a uno de los atracadores como Emmett Long, Bud Maddox observó:

–Emmett Long roba bancos, hijo; las tiendas ya no le interesan.

Carlos era un muchacho educado en el esfuerzo y el respeto a sus mayores.

–Puede que me equivoque –respondió, a pesar de que estaba seguro.

Lo llevaron a la comisaría, en el Palacio de Justicia, y le mostraron unas fotos. Señaló a Emmett Long, que lo miraba desde uno de esos pasquines de delincuentes buscados por una recompensa de 500 dólares, e identificó también al otro, Jim Ray Monks, en los archivos policiales.

–Pareces seguro –observó Bud Maddox; y preguntó a Carlos cuál de los dos había matado al indio. Se refería a Junior Harjo, de la policía tribal, que entró en el local sin saber que se estaba cometiendo un robo.

–Fue Emmett Long, con un Colt del cuarenta y cinco –respondió Carlos.

–¿Estás seguro de que era un Colt?

–Del ejército, como el de mi padre.

–Era una broma –dijo Bud Maddox. Él y el padre de Carlos, Virgil Webster, eran buenos amigos. Los dos habían combatido en la guerra de Cuba y se habían convertido en héroes locales. Pero, en este momento, muchos soldados volvían de Francia hablando de la Gran Guerra en Europa.

–Creo –dijo Carlos– que Emmett Long entró solamente a comprar tabaco.

Bud Maddox lo interrumpió:

–Limítate a contarme lo que pasó desde que llegaste.

De acuerdo, quería tomar un helado.

–El señor Deering estaba en la trastienda, preparando una receta... se asomó por el ventanuco y me dijo que me sirviera yo mismo. Me acerqué a la cámara de los helados y me serví dos bolas de melocotón en un cucurucho de azúcar; luego fui hasta el mostrador del estanco y dejé cinco centavos junto a la caja registradora. Estaba allí

cuando vi a los dos hombres, vestidos con traje y sombrero, aunque al principio los tomé por clientes. El señor Deering me pidió que los atendiera, porque conozco bien la tienda. Emmett Long se acercó al mostrador...

—¿Enseguida te diste cuenta de quién era?

—Sí, señor, en cuanto se acercó; he visto fotos tuyas en el periódico. Me pidió un paquete de Luckies. Yo se lo di y él cogió la moneda que yo había dejado junto a la caja registradora. Me la entregó y dijo: «¿Es suficiente con esto?».

—¿Y tú le dijiste que esa moneda era tuya?

—No, señor.

—¿O que un paquete de Luckies cuesta quince céntimos?

—No dije nada. Creo que fue entonces cuando se le ocurrió la idea de atracar la tienda, al ver que estaba yo solo, con mi helado, junto a la caja registradora. El señor Deering no llegó a salir de la trastienda. El otro, Jim Ray Monks, quería un tubo de Ungüentina para un sarpullido en las axilas que le estaba molestando. Se lo di y tampoco lo pagó. Entonces, Emmett Long dijo: «Veamos qué tienes en la caja registradora». Le dije que no sabía abrirla, que yo no trabajaba allí. Se inclinó sobre el mostrador, señaló un botón —ese tío entiende de cajas registradoras— y me dijo: «Ese de ahí. Aprieta y verás cómo se abre». Pulsé el botón. El señor Deering debió de oír el timbre de la máquina, porque preguntó desde la trastienda: «¿Carlos, los estás atendiendo?». Emmett Long alzó la voz para decir: «Carlos lo está haciendo muy bien». Me llamó por mi nombre. Me ordenó que le diera los billetes y dejase la calderilla.

—¿Cuánto se llevó?

—No más de treinta dólares. —Se tomó unos instantes para recordar lo que había pasado inmediatamente después, cuando Emmett Long se quedó mirando su cucurucho de helado. Le pareció que aquello era un asunto personal entre él y el famoso ladrón de bancos y prefirió no mencionarlo. Siguió contándole a Bud Maddox—: Dejé el dinero encima del mostrador. La mayoría eran billetes de un dólar. Luego levanté la vista.

—En ese momento entra Junior Harjo —le interrumpió Maddox— y ve que se está cometiendo un robo.

—Sí, señor. Aunque Junior no vio nada. Emmett Long estaba de espaldas junto al mostrador. Jim Ray Monks se estaba sirviendo un helado. Ninguno de los dos había sacado las armas. No creo que Junior pensara que estaban robando. El señor Deering vio a Junior y anunció que ya tenía lista la medicina de su madre. Luego, en voz alta, para que todos lo oyéramos, comentó: «Me han dicho que te han destinado a asaltar destilerías indias en busca de alcohol ilegal». Le pidió a Junior que le guardara algún barril, y ya no oí nada más. Entonces sacaron las pistolas: Emmett Long el Colt, de dentro del traje; creo que le bastó con ver el brazalete que llevaba Junior. Y disparó. Sabía que con ese revólver no necesitaba gastar más de una bala, pero avanzó un paso y volvió a disparar a Junior cuando ya estaba tirado en el suelo.

Hubo un silencio.

—Intento recordar —dijo Bud Maddox— a cuántos ha matado Emmett Long. Creo que a seis; la mitad de ellos policías.

–Siete –corrigió Carlos– si contamos al rehén del banco que se subió al estribo del coche. ¿No se cayó y se partió el cuello?

–Acabo de leer el informe –admitió Bud Maddox–. Era un Dodge Touring, como el que usan los empleados de Black Jack Pershing's en Francia.

–Se marcharon en un Packard –dijo Carlos, y le facilitó a Maddox el número de matrícula.

Y he aquí lo que hizo pensar a Carlos que el asunto era personal; lo que omitió en su relato, desde el momento en que Emmett Long se quedó mirando su helado. Emmett Long le preguntó:

–¿De qué es? ¿De melocotón? –Carlos dijo que sí y Emmett Long alargó la mano al tiempo que decía–: Déjame probarlo. –Le quitó el cucurucho y lo sostuvo lejos de sí, porque empezaba a derretirse. Se inclinó para dar un par de lametones antes de llevárselo a la boca y arrancar el copete de un mordisco–. Ummm, qué bueno –dijo, con un pegote de helado adherido al bigote. Miró entonces a Carlos como si estudiara sus rasgos y volvió a lamer el helado–. ¿Conque Carlos? –observó, ladeando la cabeza–. Tienes el pelo oscuro, pero no te pareces a ninguno de los Carlos que he conocido. ¿Cuál es tu otro nombre?

–Carlos Huntington Webster es mi nombre completo.

–Un nombre muy largo para un chico tan joven –dijo Emmett Long–. Veo que eres un chicharrón por parte de madre, ¿no es así? ¿Qué es? ¿Mexicana?

Carlos vaciló un instante antes de responder:

–Cubana. Me llamo así por su padre.

–Los cubanos y los mexicanos son iguales –replicó Emmett Long–. Llevas sangre de chicharrón en las venas, chico, aunque no se note demasiado. En eso has tenido suerte. –Volvió a lamer el helado, sujetándolo con las puntas de los dedos y estirando el meñique con afectación.

Carlos, que a pesar de sus quince años era tan alto como el hombre del bigote manchado, quiso insultarlo, estamparle un puñetazo en la cara con todas sus fuerzas, saltar luego por encima del mostrador para derribarlo como a un ternero antes de marcarlo a fuego y cortarle las pelotas. Tenía quince años pero no era estúpido. Se contuvo; el corazón le latía con fuerza. Sin embargo, sintió la necesidad de plantar cara a aquel hombre, y finalmente dijo:

–Mi padre sirvió en la armada; estaba en el acorazado *Maine* cuando lo volaron en La Habana, el 15 de febrero de 1898. Sobrevivió, lo sacaron del agua y lo encarcelaron en una prisión española, acusado de espionaje. Pero logró escapar y luchó contra los españoles del lado de los insurrectos, de los rebeldes. Volvió a combatir contra ellos y resultó herido en Guantánamo; fue en esa guerra de Cuba, con los marines de Huntington, donde conoció a mi madre, Graciaplana Santos.

–De modo que tu papá es un héroe –dijo Emmett Long.

–Aún no he terminado –replicó Carlos–. Después de la guerra mi padre volvió a casa y se trajo a mi madre con él, cuando Oklahoma todavía era territorio indio. Ella murió al darme a luz, y no llegué a conocerla. Tampoco conozco a la madre de mi padre. Es india, cheyenne del

norte. Vive en una reserva de Lame Deer, en Montana. –Hablaba en voz baja y serena, muy poco acorde con lo que sentía interiormente–. Lo que quiero preguntarle es si al tener sangre india también soy algo más que un chicharrón. –Se lo soltó así, en las narices, y el hombre del bigote manchado lo miró con interés.

–Si tenéis sangre india sois unos chichinangos. Tu padre más que tú. –Levantó el cucurucho, con el meñique estirado, sin dejar de mirar a Carlos. Éste pensó que iba a volver a lamerlo, pero lo lanzó por encima del hombro, sin molestarse en comprobar dónde caía.

El helado aterrizó en el suelo, a los pies de Junior Harjo –el brazalete en su camisa caqui, el revólver en la cintura–, que un segundo después lo pisaba. Carlos vio el giro que daba la situación. Sintió la tensión propia del momento, pero también cierto alivio. Se animó y tuvo la sangre fría de decirle a Emmett Long:

–Ahora tendrá que limpiar lo que ha ensuciado.

Pero Junior no estaba desenfundando su 38, sino que miraba el helado en el suelo de linóleo, mientras el señor Deering anunciaba que tenía lista la medicina de su madre y hablaba de los asaltos a destilerías. Emmett Long se volvió con el Colt en la mano, disparó, dio a Junior Harjo y avanzó un paso para disparar de nuevo.

El señor Deering no dio señales de vida. Jim Ray Monks se acercó para mirar a Junior. Emmett Long dejó el Colt sobre el mostrador de cristal, cogió la calderilla con las dos manos y se guardó los billetes en los bolsillos del abrigo antes de mirar de nuevo a Carlos.

–Hace un momento, cuando entró ese Jerónimo, dijiste algo muy gracioso.

—¿Por qué lo ha matado? —preguntó Carlos, sin apartar la mirada de Junior, tendido en el suelo.

—Quiero saber qué dijiste.

El forajido esperaba.

Carlos levantó la mirada y se pasó el dorso de la mano por la boca.

—Dije que ahora tendrá que limpiar lo que ha ensuciado. El helado del suelo.

—¿Nada más?

—Eso dije.

Emmett Long seguía mirándolo.

—Si tuvieras un arma me dispararías, ¿verdad? Por llamarte chicharrón. Es una ley natural: si tienes sangre hispana eres un chicharrón. No es culpa mía; las cosas son como son. Y para colmo eres indio... chichinango. Pero nadie lo notará si tú no quieres; eres bastante blanco. Di que te llamas Carl, y no me meteré contigo.

Carlos y su padre vivían en una casa grande y de nueva construcción que según Virgil era un bungalow californiano, rodeada de nogales y apartada de la carretera; una casa con un gran porche en la fachada y tragaluces en el tejado, edificada pocos años antes con el dinero de los pozos de petróleo que bombeaban en un extremo de la propiedad. El resto eran pastos y unos mil acres de nogales: el orgullo de Virgil; la plantación conseguida a lo largo de los años, desde que volvió de Cuba. Los árboles podían vivir y crecer gracias a los cheques del petróleo sin que su dueño tuviera necesidad de trabajar para el resto de su vida. No tenía más que salir con la cuadrilla en la época de la recolección para cosechar el fruto de

los nogales, sacudiendo las ramas con unas varas largas. Carlos se ocupaba de las vacas, entre cincuenta y sesenta cabezas de Brahmas híbridas que pastaban hasta que estaban bien gordas, y luego las llevaba al mercado en el remolque de la camioneta.

Carlos le contaba a su padre que, cuando iba a Tulsa, algún ganadero siempre quería comprarle la camioneta y el remolque o contratarlo para transportar tuberías hasta las fincas.

—Sabes que podría ganar más dinero con el petróleo que criando vacas.

A lo que el padre respondía:

—¿Trabajar en las torres de perforación y volver cubierto de mugre negra? ¿Eso te gustaría? Tenemos más dinero del que podemos gastar, hijo.

En 1907 —cuando Carlos tenía sólo un año— Oklahoma se convirtió en un estado independiente, y Tulsa pasó a ser conocida como «La capital mundial del petróleo». Un directivo de la Texas Oil llegó desde Glenn Pool, cerca de Tulsa, para preguntarle a Virgil si quería ser rico.

—¿Se ha fijado en ese arco iris que se refleja en el arroyo? ¿Sabe que eso es señal de que hay petróleo en su propiedad?

—Sé que el Deep Fork riega mis nogales cuando se desborda y ahuyenta a los gorgojos —respondió Virgil.

Sin embargo, no le importaba contar con un dinero extra, y arrendó a la Texas Oil una parte de la finca a cambio de cien dólares anuales por cada pozo en funcionamiento y una participación en beneficios del ocho por ciento. La compañía quería alquilar la totalidad de las

tierras, 1.800 acres, pero Virgil no aceptó la oferta. La imagen de los surtidores lanzando crudo sobre sus nogales no le producía la misma emoción que a la petrolera.

Carlos volvió a casa y se encontró a Virgil sentado en el porche, con una botella de cerveza mexicana. La Ley Seca no representaba ningún problema para él, que contaba con suministros regulares de *bourbon* y cerveza mexicana gracias a la gente del petróleo. Parte del trato.

La noche en que Carlos presencié el robo y el asesinato se sentó con su padre para contarle la historia completa, incluida la parte que no le mencionó a Bud Maddox, y también el detalle del helado en el bigote de Emmett Long. Carlos estaba ansioso por saber si su padre opinaba que él podría haber provocado la muerte de Junior Harjo con esa actitud.

—Por lo que me cuentas no veo ninguna razón para pensar eso —dijo Virgil—. No sé por qué se te ocurre siquiera, salvo porque estabas allí y es normal que ahora te preguntes si podrías haber evitado su muerte.

Virgil Webster tenía cuarenta y siete años, era viudo desde que Graciaplana murió en el parto de Carlos, y tuvo que buscar una mujer para que se ocupara del bebé. Encontró a Narcissa Raincrow, una guapa india creek de dieciséis años, emparentada con el difunto Johnson Raincrow, un peligroso forajido al que los agentes de policía mataron de un disparo mientras dormía. Narcissa también había perdido a su hijo en el parto; no estaba casada, y Virgil la contrató como ama de cría. Para cuando Carlos dejó de interesarse por sus pechos, Virgil le

había tomado cariño a la muchacha. Narcissa pasó entonces a gobernar la casa y empezó a dormir en la cama del padre. Era buena cocinera y, aunque había ganado algo de peso, seguía siendo hermosa, escuchaba con interés las historias de Virgil y lo quería y respetaba. Carlos la quería mucho y lo pasaba en grande hablando con ella de las costumbres indias y de su pariente asesino, Johnson Raincrow; pero siempre la llamó Narcissa. Le gustaba la idea de ser mitad cubano; se imaginaba de mayor luciendo un sombrero panamá con el ala ligeramente levantada.

Esa noche, en la oscuridad del porche, Carlos le dijo a su padre:

—¿Crees que debería haber hecho algo?

—¿Por ejemplo?

—¿Advertir a Junior de que se estaba cometiendo un robo? Me hice el listillo con Emmett Long. Estaba furioso y quería fastidiarlo.

—¿Porque te quitó el helado?

—Por lo que dijo.

—¿Qué fue lo que te provocó?

—¿Que qué «fue»? Que me llamara chicharrón.

—¿A ti o a tu madre?

—A los dos. Y que luego nos llamara chichinangos a ti y a mí.

—¿Y a ti te ofende lo que diga un tipejo así? Lo más probable es que ni siquiera sepa leer y escribir; por eso roba bancos. Razona un poco, por Dios —dijo Virgil. Y, tras dar un trago a su cerveza, añadió—: Entiendo lo que quieres decir; sé cómo te sientes.

—¿Qué habrías hecho tú?

–Lo mismo que tú. Nada –respondió Virgil–. Pero si te refieres a la época en la que todavía era un marine, le habría aplastado el helado en la puñetera nariz.

Tres días más tarde los ayudantes del sheriff encontraron el Packard en el patio trasero de una granja, cerca de Checotah, propiedad de una mujer llamada Crystal Lee Davidson. Su primer marido, Byron Skeet Davidson, había muerto en un tiroteo con la policía, y era miembro de la banda de Emmett Long. Los ayudantes del sheriff esperaron la llegada de sus superiores, expertos en la captura de fugitivos armados. Se colaron en la finca con las primeras luces del alba, camelaron al perro con una salchicha, entraron de puntillas en el dormitorio de Crystal y desenfundaron las armas antes de que Emmett Long tuviera tiempo de sacar el Colt de debajo de la almohada. Jim Ray Monks saltó por una ventana, intentó escapar por el granero y cayó al suelo al recibir un balazo en las piernas. Se llevaron a los dos a Okmulgee y los encerraron a la espera del juicio.

Carlos le dijo a su padre:

–Esos polis hacen bien su trabajo, ¿no te parece? Encañonan a un asesino armado con la pistola en la oreja y lo sacan de la cama.

Carlos estaba seguro de que lo citarían para declarar, y eso le preocupaba. Le dijo a su padre que pensaba mirar a Emmett Long a la cara cuando describiera el asesinato a sangre fría. Virgil le aconsejó que no hablara más de lo necesario, y Carlos preguntó si debía mencionar el detalle del helado en el bigote de Emmett Long.

–¿Para qué? –preguntó Virgil.

–Para demostrar que no he pasado nada por alto.

–¿Sabes cuántas veces repetiste lo del helado en el bigote la otra noche? Lo menos tres o cuatro.

–Tenías que haberlo visto. Un ladrón de bancos que atemoriza a todo el mundo y no sabe ni limpiarse la boca.

–Yo me olvidaría de eso. Mató a un agente de la ley a sangre fría. Eso es lo único que debes recordar.

Pasó un mes, luego otro, y Carlos empezó a ponerse nervioso. Virgil supo por qué el juicio se demoraba tanto. Llegó a casa cuando Narcissa estaba sirviendo la mesa para cenar con Carlos y les contó que el retraso se debía a que en otros condados también querían echarle el guante a Emmett Long. Habían puesto el caso en manos del juez del tribunal del distrito Este; y cada condado estaba presentando su propia causa, como si quisieran convertir el proceso en un espectáculo.

–Su Señoría ha logrado que nuestro fiscal le ofrezca un trato a Emmett Long. Que se declare culpable de homicidio en segundo grado, que alegue que actuó en defensa propia, puesto que la víctima iba armada, y sólo le caerán de diez a quince años. Con eso se acabaría todo. El juicio no llegaría a celebrarse. Dicho de otro modo, tu Emmett Long será enviado a McAlester y saldrá de allí en cuestión de seis años.

–No actuó en defensa propia –señaló Carlos–. Junior ni siquiera lo estaba mirando cuando recibió el disparo. –Había en sus palabras un tono de dolor.

–Tú no sabes cómo funciona el sistema –replicó Virgil–. El pacto se propone porque Junior es indio. Si se tratara de un blanco, a Emmett Long le caería cadena perpetua o lo sentarían en la silla eléctrica.

Carlos seguía teniendo quince años cuando ocurrió otro incidente de importancia. Sucedió hacia finales del mes de octubre, a última hora de la tarde, cuando el crepúsculo se posaba sobre los huertos. Disparó y mató a un ladrón de ganado llamado Wally Tarwater.

El primer pensamiento de Virgil fue: lo ha hecho por Emmett Long. El chico actuó con prontitud en esta ocasión; y así sería en lo sucesivo.

Telefonó al encargado de la funeraria, que acudió con los hombres del sheriff antes de que llegaran los federales, a quienes Virgil identificó nada más verlos como escrupulosos agentes de la ley, por sus trajes oscuros y el modo de calarse el sombrero de fieltro hasta los ojos. Los recién llegados asumieron el mando, y el más hablador de los dos comentó que el tal Wally Tarwater –que yacía en el coche fúnebre– tenía varias órdenes de busca federales por robar ganado para venderlo a las empresas conserveras al otro lado de la frontera. Pidió a Carlos que le contara lo sucedido con sus propias palabras.

Viendo que su hijo esbozaba una leve sonrisa y se disponía a hacer un comentario como «¿Con mis propias palabras?», Virgil le cortó rápidamente, diciendo:

–Ve al grano. Esta gente quiere volver a casa con su familia.

Todo empezó cuando Narcissa dijo que le apetecía conejo estofado, o ardilla, si es que no había otra cosa.

–Pensé que era un poco tarde –dijo Carlos–, pero cogí una escopeta del veinte y salí al campo. Casi habíamos terminado de recoger las nueces, y había buena visibilidad entre los árboles.

–Al grano –repitió Virgil–. Viste al hombre en los pastos, llevándose tus vacas.

–Montaba como un vaquero –continuó Carlos–. Se notaba que sabía manejar al ganado. Me acerqué para observarlo, porque me sorprendió cómo reunía a las vacas, sin el menor esfuerzo. Volví a casa, cambié la escopeta del veinte por un Winchester, entré en el establo y ensillé a mi yegua. Es esa de ahí, la cobriza. Él montaba un alazán.

El policía hablador preguntó:

–¿Fuiste a por un rifle sin saber de quién se trataba?

–Sabía que el que me estaba robando las vacas no era un amigo. Las llevaba hacia Deep Fork, donde empieza la carretera. Conduje a Suzie hasta un grupo de vacas que aún seguían pastando y me acerqué a él lo suficiente para preguntarle: «¿Puedo ayudarle en algo?». –Carlos empezó a sonreír–: Me dijo: «Gracias por el ofrecimiento, pero ya he terminado». Le aseguré que de eso no había duda y le ordené que desmontara. Empezó a alejarse y disparé una bala que le pasó rozando la cabeza, para obligarlo a darse la vuelta. Me acerqué un poco más, aunque manteniendo la distancia, pues no sabía lo que podía ocultar bajo la gabardina. Entonces, al ver que yo era joven, él dijo: «Estoy reuniendo las vacas que le he comprado a tu padre». Le informé de que el mayoral era yo; mi padre cultivaba nogales. Se limitó a responder: «Deja de seguirme, chico, y vuelve a casa». Se abrió la gabardina para mostrarme el revólver que llevaba en la pierna. En ese momento, a más de doscientos metros de distancia, vi un remolque de ganado y a un hombre esperando junto a la rampa de carga.